

LUNES DE CALÍNEZ

—¡Qué espléndido estás Calínez!

—Es que aún conservo puesto el traje de gala con el cual asistí a la toma de posesión del nuevo Alcalde y me he vestido así, para rendirle todos los honores obligados á tan fastuosa solemnidad.

—Dicen que fué magnífica.

—¡Incomensurable, amado Tobálo! No puedes formarte una idea de ese hermoso acto, al que asistieron además de una cantidad desusada de concejales, representaciones múltiples y numerosas de todas clases, ávidas de presenciar un espectáculo que siempre despierta un profundo interés público.

—¿Y dices que revistió aquello, caracteres de grandiosidad?

—Sí Tobálo. Yo estuve encantado durante la representación de la sublime obra. No digo que sea el caso extraordinario yá, como aseguraba con su originalidad acostumbrada y con espíritu de picaresca observación, el señor Jesús. Estos sucesos vienen siendo tan frecuentes, que yá los Alcaldes, sobre todo en Almería, resultan trimestrales según también afirmaba con amargó humorismo nuestro maltratado amigo D. Onofre.

—¿Maltratado, dices, por la destitución?

—No es solamente por eso, Tobálo.

—¡Entonces!

—Vale más que no te explique la causa. Pero lo que sí puedo asegurarte es, que en el ministerio de la Gobernación, tienen cortada la corriente de la cortesía y las buenas formas, con el ministerio de Estado, centro como sabes donde toda educada distinción tiene su asiento.

—No te comprendo.

—Ni hace falta. El hecho fué, querido amigo, que al asomar por Oriente el esplendoroso sol, en forma de Don Braulio, habló al intrigado auditorio con su acostumbrada entonación dramática, que tantos éxitos le ha proporcionado en su larga vida política y que lo hizo en términos sinceros y levantados; que fué cordialmente recibido por los bi-representantes de las bi-fracciones conservadoras y republicanas y sobre todo por el genial y galano orador, muy fraternal amigo nuestro, Pérez López, que me hizo recordar con su bello discurso, la oda gigante y gloriosa del inmortal Espronceda, cuando dirigiéndose al otro eterno sol, le decía «Párate y escúchame ¡Oh sol! yo te saludo».



—¿Tan expresivas fueron las salu-
taciones?

—¡Primorosas, sí, primorosas!

—¿Y quienes fueron los saludadores, además del yá mencionado Don José?

—Primero habló acompasado y sonoro el Sr. García Langle en nombre de la minoría liberal conservadora.

—¡Caramba! yá ha encontrado esa minoría, una ingeniosísima y grandiosa denominación que la distinga de la otra minoría.

—¡Claro! Después el verboso, puro y efusivo concejal Rovira, musitó un saludo dulce y melífluo, en nombre de sus amigos de la otra banda conservadora sin mezcla de mal alguno.

—¡Muy bien!

—Luego habló D. Plácido, nuestro amable, complaciente y simpático amigo, que lleva en peso la voz resonante y apocalíptica de las huestes que integran una de las dos Uniones republicanas almerienses.

—La primitiva sin duda.

—Eso parece. A renglón seguido usó de la palabra el otro jefe de la otra Unión republicana almeriense, D. José Jesús.

—¡Jesús, y cuantas Uniones *desunidas* ¿Por qué le llamarán de *Unión* á ese partido?

—Porque está perfectamente unido... en la desunión. Bueno. Quedó para el último nuestro viejo amigo el liberal Pérez López.

—¿Viejo has dicho?

—Hombre, así lo afirmó él, cuando comenzó su discurso.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Y qué? Elocuentes todos, ¿verdad?

—¡Elocuentísimos, Tobálo, elocuentísimos!

—¿Y dices que Pérez López?...

—¡Ah! Pérez López hizo un discurso sencillamente nuevo. Expuso ideas originales y hasta llegó á doblarnos el tiempo, á aumentarnos las horas del vivir, á prolongar veinticuatro horas el espacio de cada un día.

—¿Cómo es eso, Calínez? ¿Acaso bromeas ó hablas en serio?

—Hablo en serio, como siempre, Tobálo. Dijo—y apelo al testimonio de los regocijados oyentes—que D. Braulio tiene condiciones especiales que no posee ninguno de los restantes ediles que componen la corporación.

—¡Canario!

—Esto produjo un cierto asombro en el auditorio edilicesco.

—¡Naturalmente!

—Pero explicó muy bien el concepto, agregando que no se refería á la intelectualidad y sí á que D. Braulio dispone de mayor tiempo que todos los demás concejales.

—¡Ah, vamos!

—Aclarado el punto, continuó asegurando que «de las cuarenta y ocho horas del día», fuera de las que destinara al reposo, estaba D. Braulio en el caso de consagrar las restantes horas al servicio de su nuevo é importante cargo.

—¡Admirable!

—Yá tú ves si esto es nuevo y grato. ¡Creer nosotros que solo disponíamos de veinticuatro horas cada día, y encontrarnos de golpe y porrazo con que teníamos cuarenta y ocho horas disponibles.

—¡Qué profunda alteración originará ese aumento de horas en todos los órdenes de la vida! Yo, Calínez, estoy conforme con la innovación y la reforma introducida por nuestro buen amigo y ya me figuro por qué el Sr. Pérez López se consideraba viejo. ¡Ha vivido, según él, doble tiempo que los demás mortales!

—Suspende tu juicio, Tobálo. Don José tuvo á bien rectificar el horario muy oportunamente y nos dejó de nuevo reducido el día á las tan consabidas veinticuatro horas. Fué un *lausus lingue*, como aclaró uno de los asistentes á la función.

La nota final fué la más interesante, pues nos dijo por último, que D. Brau-